

## LA MUJER CON CARMÍN EN LOS LABIOS

Cuando Amanda abrió los ojos aquella mañana, le sobrevino un fuerte dolor de cabeza. La fiesta de la vendimia se había convertido en una incontrolable sucesión de bailes y de copas de vino y ahora la resaca le recordaba que todo tiene un precio. Estiró el brazo y palpó con las yemas de los dedos los diferentes objetos amontonados en el suelo. Tocó su bolso y lo asió acercándolo hacia sí. Introdujo la mano y rebuscó en su interior hasta encontrar una pastilla para el dolor.

Por alguna razón, cuando pasaba la noche en casa de Pet siempre se levantaba y se marchaba de allí temprano, aunque ese día no trabajara. Pet nunca había pensado en ello; sin embargo, sí le molestaba que su chica nunca quisiera pasar esas horas a su lado:

-¿Ya te levantas?- preguntó Pet.

-Sí. Esta mañana he quedado con Katia para ir de tiendas.

Pet se sintió mal. Quería decirle que quizás lo pasaría mejor yendo con él de tiendas aquella mañana y no con su amiga. Pero no dijo nada. Amanda se incorporó. Las sabanas que hasta entonces la cubrían se deslizaron suavemente hasta dejar al descubierto su cuerpo esbelto, voluptuoso y muy flexible. Era joven y realmente hermosa. Se vistió con una falda baquera y una blusa negra con cuello de encaje. Aun en invierno, le gustaba enseñar sus dóricas piernas. Cuando caminaba por la calle, los hombres y las mujeres se giraban y la seguían con la mirada, los unos deseándola, las otras admirándola o envidiándola. También los niños se quedaban embobados observándola, mientras un hilillo de baba se descolgaba de sus bocas y se deslizaba por sus mentones dejando tras de sí un rastro de inocencia ya perdida. Incluso pareciera que los ciegos se inclinaban a su paso mientras suplicaban que, al menos en esa ocasión, sus ojos no les jugaran una mala pasada.

Se dirigió al baño. Ya allí, abrió una de las puertas del tocador y buscó con la vista sus pintalabios. Cogió uno; era el de color rojo vivo. Acercó su rostro al espejo. Éste se estremeció, pues pensó que la mujer iba a besarle. Intentó proyectar una imagen aún más clara y nítida de lo habitual. No lo consiguió. Ella tampoco le besó. Mientras se pintaba, Amanda pensó en Carl. Se excitó. Carl era uno de esos tipos que realmente le atraían sexualmente. Pet no era su tipo; sin embargo, había sido el único hombre con el que la cosa había funcionado más allá del sexo. Se preguntó si Carl estaría solo a esas horas. Supuso que sí. Pensar en él la había calentado sobremanera y ahora tenía ganas de verle. Amanda ya no iría de tiendas aquella mañana.

Al salir del baño fue a la habitación. Pet se había dormido otra vez. Amanda se puso sus botas altas de caña. Tras esto, se acercó a Pet y le besó en la mejilla sin despertarlo. Éste tenía en la cara una extraña mueca desencajada que expresaba cierto patetismo. Después cogió el abrigo y se marchó sin hacer ruido.

Pet se despertó poco después del mediodía. Fuera hacía buen día. Sin embargo, a pesar de que las cortinas estaban descubiertas y la luz podía entrar libremente, a Pet le pareció que la habitación estaba demasiado oscura. Se incorporó y se aproximó al espejo colgado en una de las paredes del cuarto. Al ver su imagen se asustó. En una de sus mejillas tenía una mancha roja. ¡Era sangre!

Abrió los ojos. Se sentía nervioso e intranquilo y pronto comprendió que había tenido una pesadilla, pero no recordaba qué había soñado. Tuvo la impresión de que ya era muy tarde. Miró el reloj y éste confirmó sus sospechas. Fue al baño y se lavó la cara sin mirarse antes en el espejo. Los restos del carmín de Amanda que aún quedaban en su mejilla se mezclaron con el agua y fueron absorbidos por el desagüe, sin que Pet advirtiera nada de esto. Intentaba acordarse del sueño porque creía que éstos le podían mostrar algunas claves de su vida, pero no lo conseguía. “No sería tan importante”, concluyó. A continuación, cogió el teléfono y marcó el número de Amanda. Quería preguntarle cómo le había ido aquella mañana de compras con su amiga.